Tiempo de estudio

Oliver

Era de noche. Bruno regresaba de la Escuela Secundaria No. 52 en la colonia Casas Alemán de la Ciudad de México. Su barrio no era muy bueno, casas de llamativos colores, si es que estaban pintadas, para esconder un poco la pobreza y la marginalidad que se vivía en la zona. Prostitutas había, aunque pocas, abundaba sobre todo la droga, el alcohol, la piratería y la fayuca. Su familia hacía lo posible por mantener a su hijo en la escuela, aunque éste, por las mañanas, ayudaba a sus padres a vender en los tianguis la comida que preparaban su mamá y sus hermanas, por lo que le dedicaba poco tiempo al estudio. Su casa estaba a unas tres cuadras, pero largas. “No te regreses solo”, le había dicho su madre apenas entró a primero de secundaria. Aquella noche, sin embargo, volvió solo porque su cuate Fernando, que vivía cerca de él, no fue ese día.

Las luces de las farolas apenas iluminaban la calle. No quería admitirlo, pero estaba un poco asustado. Sabía que en siete minutos estaría en su casa si se apuraba. El corazón golpeaba su pecho y el sudor caía sobre su frente, a pesar de ser invierno. Apresuró el paso. Dio vuelta a la derecha en la siguiente esquina y vio a algunas personas comprando en la tienda de abarrotes. Se dijo “ya voy a llegar”, y para distraerse recordó la comida que su madre había preparado ese día. Su boca empezó a saborear lo que se imaginó que devoraría al llegar a casa. Cruzó la calle y siguió derecho. Su casa estaba ya a unos diez metros de él. Sonrió. Pero en ese momento sintió un brazo que le apretaba el cuello.

—Danos lo que traigas —escuchó detrás de él.

Era una voz joven, masculina, dura, a lo mejor curtida por los años de tener que dedicarse al robo de transeúntes y a la mala vida.

—No traigo nada —mintió, pero los dos sujetos no le creyeron.

—Danos tooodo lo que traigas, maricón —exigieron. Él buscó en la bolsa de su pantalón y sintió los billetes que le habían dado como propina en la mañana.

El que lo tenía agarrado del cuello apretaba más y más mientras el otro luchaba por meter sus manos en los bolsillos. A punto de la asfixia, comprendió

que debía entregarles el dinero. Poco a poco, sacó su mano del bolsillo y entregó los billetes que no pasaban de doscientos pesos.

—Más te vale, mariquita —le dijo el que le apretaba el cuello. Así que lo soltó y tiró al suelo para propinarle entre los dos rufianes severas patadas.

Entró a su casa diez minutos después, con la ropa polvosa y la cara marcada por los golpes.

—¡Qué bueno que ya llegaste! —dijo su mamá al escuchar que entraba, pero al verlo en el estado que venía le preguntó preocupada que le había pasado.

Bruno no quiso contarle lo ocurrido. En vez de eso, se lavó la cara y se cambió la ropa para pedirle a su madre algo de cenar.

—¿Quiénes fueron, hijo? Pero mira cómo vienes, ¿te peleaste en la escuela? ¿O fueron los drogadictos que siempre se ponen en la otra calle?

—No, ma, olvídalo, no fue nada. No te preocupes.

Aquella noche, Bruno no durmió bien. Deseaba vengarse de los tipos que lo habían agredido y aunque traían pasamontañas sabía quiénes eran: el *cholo* y el *fox terrier.* Dos malos alumnos de la escuela, unos chavos duros que, entre otras cosas, cobraban comida o dinero por pegar o no pegar a los demás.

Por la mañana, Bruno se levantó temprano y ayudó a su familia a preparar las cosas de la venta, olvidándose por completo de la tarea que le habían dejado. Fueron a montar su puesto y a vender a las nueve y cerca de la una de la tarde comió algo rápido y se fue a cambiar para irse a la escuela.

Cuando entró al salón se acordó de las tareas. Pero qué podía hacer ya, ni siquiera pedirle las tareas a su amigo Fernando porque éste no fue el día anterior. Durante el recreo el *cholo* y el *fox terrier* se fueron detrás del edificio para fumar algo de marihuana que, pensó Bruno, de seguro habían comprado con su dinero.

Le contó a Fernando lo sucedido y le pidió ayuda para vengarse de ellos. Fernando, a quien le gustaban los pleitos, le dijo a Bruno que fueran a pedirles el dinero y que si se negaban a golpes les quitarían lo que llevaban. Pero a Bruno no le gustó esa idea. Creyó que era más conveniente idear un plan en el cual no los reconocieran por aquello de las venganzas y como sabían que a veces se juntaban con una de las pandillas de la colonia, pues para qué arriesgarse.

Esa noche esperaron como dos sombras que se mueven pegadas a quienes sirven, para ir detrás de los buscapleitos. Estos iban zigzagueando por el camino que conduce al Gran Canal. Fernando y Bruno se miraron turbados, porque sabían que por aquella calle no se llegaba a la casa de ninguno de los dos.

El *cholo* y el *fox terrier* avanzaron y atravesaron la avenida hasta llegar al Gran Canal. Los chicos miraron desde la otra acera, sin cruzarse y bien envueltos en la sombra del farol que en ese momento estaba fundido. Lo que después vieron, y que hubieran querido detener, pero no lo hicieron por cobardía y porque pensaron que aquéllos eran más fuertes y grandes, fue que se escondieron detrás de unos matorrales y cinco minutos después una chica de su escuela pasó cerca de ellos para ir a su casa, que estaba del otro lado del Gran Canal, y entonces entre los dos la detuvieron y sofocaron sus gritos de auxilio con una roca en la cabeza. Al ver esto, Fernando y Bruno corrieron asustados hacia sus respectivas casas prometiendo que no contarían a nadie cuanto habían visto.

Pero mentían. Fernando no se presentó durante los días que faltaban para terminar la semana. Bruno lo fue a buscarlo a su casa, pero su madre le dijo que estaba muy enfermo y que no regresaría al colegio hasta la semana siguiente. Cuando regresó, no quiso hablar con Bruno y sin decir nada se fue alejando de él. Como si una gran piedra también a él le hubiera caído en la cabeza, Bruno se sintió confundido y creyó que era culpable de algo. No tenía ganas de estudiar ni de prestar atención en las clases. A punto de terminar el tercer bimestre, alguien se enteró de que habían encontrado un cuerpo en el canal y pronto se difundió la noticia de que ese cuerpo era el de una alumna del plantel.

El maestro de geografía dio la noticia a sus alumnos y Fernando miró de reojo a Bruno y bajó la vista para esconderse en el cuaderno que tenía enfrente. Entonces, Bruno hizo lo más estúpido que se le hubiera podido ocurrir en ese momento: aseguró que él sabía quién había violado y matado a esa chica. Al instante, el maestro lo llevó con el director y éste, acto seguido, le habló a la policía y a los padres de Bruno. Tal vez Bruno esperaba de esa forma cobrar venganza contra el *cholo* y el *fox terrier,* o a lo mejor reparar un poco su cobardía, pero lo cierto es que antes que nada, a él se lo llevaron al ministerio público para

deslindar responsabilidades. Durante mucho tiempo estuvo declarando y siendo investigado por las autoridades. Cuando comprobaron que no tenía nada que ver, sino que en verdad era un testigo, lo dejaron ir no sin antes amenazarlo con que iría al bote si estaba mintiendo.

Por su parte, el par de asesinos había huido. Bruno siguió asistiendo a la escuela, pero se sentía inseguro y ya casi no tenía amigos porque la mayoría le había dejado de hablar para que no los relacionaran con él y con el homicidio de su compañera. Su ex cuate Fernando incluso le llegó a decir que no lo involucrara en sus asuntos, que él no sabía nada y que en definitiva ya ni le hablara. Se sentía muy solo. Y se sintió peor durante la época de los exámenes porque le fue muy mal. Habría querido que su mamá se sintiera orgullosa de él, pero la verdad es que su mente estaba en otra cosa: temía que estuvieran cerca y le hicieran algo a él o a su papá, que ahora lo recogía por las noches, y soñaba con el *cholo* y el *fox terrier*, los veía en el canal, entre los arbustos, y cuando él pasaba lo detenían, sacaban un cuchillo o agarraban una roca para matarlo. Su madre estaba inquieta porque su hijo no dejaba de pensar en eso. “Ni se van a asomar ya, mmm, deben estar lejos…, pa como están las cosas, andarán en Veracruz o en Guerrero”, le aseguraba, pero él sólo pensaba que en cualquier momento se le aparecerían.

Al terminar el año escolar, Bruno no pasó de grado, entonces habló con su mamá: “Mamá, mira, aquí en casa me necesitan más que en la escuela, y la verdá yo no sirvo pa’l estudio, ya te di un certificado y yo creo que con ese me puedo defender, además, de seguro yo también voy a vender en un tianguis como tú y mi papá, así que pa’qué me hago el tonto, ya no gastes en mí, si ni me voy a mantener de los estudios, mejor déjame salir de la escuela y trabajar contigo”.

Ahora Bruno sigue vendiendo en el tianguis comida que le prepara su mujer, y siempre que puede apoya a sus dos hijas. Una estudia para médico, la otra para abogada. No les pide ayuda para vender ni las deja solas, como le sucedió a él, y aunque en el fondo de su corazón le duele no haber podido seguir estudiando, no lo dice, ni siquiera a él mismo. Contento, se levanta todos los días a las seis y ocupa su tiempo en sus deberes para ganar dinero y cuidar a su familia, que son sus tareas más importantes en su vida.